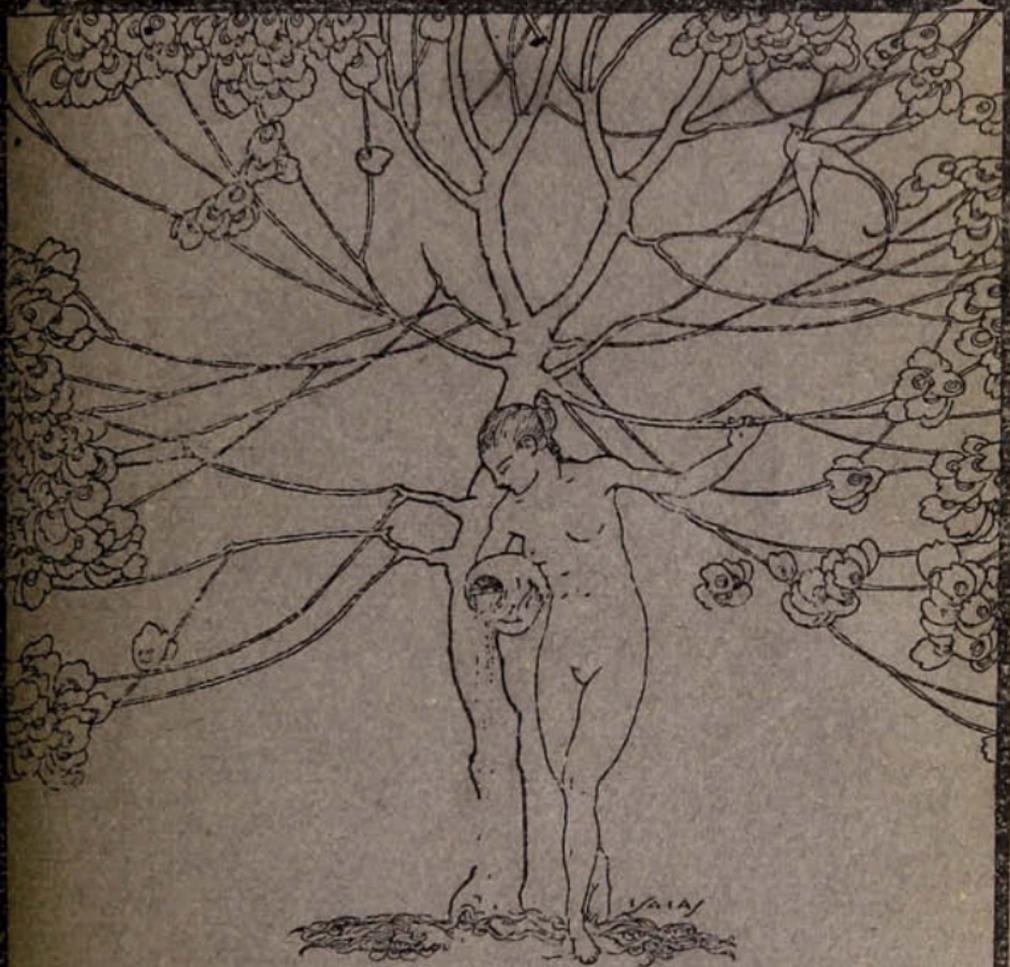


JUVENTUD



LAS DOS CARÁTULAS

EL TERROR BLANCO y el "NUEVO REGIMEN"

"EL GOBIERNO DEL AMOR"

SAN GREGORIO

SANTIAGO DE CHILE, ENERO, FEBRERO, MARZO DE 1921

SUMARIO. — NUESTRA PALABRA DE AYER. — HOY. — DECLARACIÓN DE PRINCIPIOS DE LA FEDERACIÓN DE ESTUDIANTES DE CHILE. — MANIFIESTO DEL PRESIDENTE DE LA FEDERACIÓN DE ESTUDIANTES DE CHILE, por *Alfredo Demaría*. — COMIENZA LA FARSA, por *Juan Gandulfo*. — EL DÍA DEL ASALTO, por *R. Meza Fuentes*. — CONTINÚA EL EPISODIO, por *Rigoberto Soto Rengifo*. — EL SABLEO EN LA ALAMEDA, por *Fernando G. Oldini*. — EL CRIMEN DE MAGALLANES, por *Guillermo M. Bañados*. — PALABRAS SERENAS, por *Juan Enrique Lagarrigue*. — ASTORQUIZA, PERSEGUIDOR DE PERUANOS, ES PERUANO. — ESCRITOS PRESENTADOS, por *Pedro Gandulfo Guerra*, *Rigoberto Soto Rengifo*, *José Astorquiza Libano* y *Ascencio Astorquiza*. — UN DICTAMEN DEL PROMOTOR FISCAL, por *Julio Plaza Ferrand*. — SOBRE EL INFORME DEL FISCAL, por *Julio Valiente*. — UNA CARTA DE CÉSAR FUENZALIDA. — ELEGÍA, por *Berta Quezada*. — HACIENDO LUZ, por *Guillermo M. Bañados*. — AL MARGEN DE LOS HECHOS, por *Rudecindo Ortega*. — EL CASO DE LUIS A. SOZA. — UNA PROFECÍA LÍRICA, por *Fernando G. Oldini*. — PEDRO LEÓN UGALDE ANTE LOS RESTOS DE DOMINGO GÓMEZ ROJAS. — UN MANIFIESTO DEL GRUPO UNIVERSITARIO INSURREXIT. — LA DEFENSA DE SANTIAGO LABARCA. — HOMENAJES: a la Prensa de Chile; al *Zig-Zag*; al *Diario Ilustrado*; al Ministro Astorquiza y al Alcaide Ascuí; a los oficiales de ejército que dirigieron el saqueo de la Federación de Estudiantes. — Autógrafo y fragmentos de un poema de GÓMEZ ROJAS. — JUVENTUD A UNAMUNO. — Resumen y Documentación. — No hemos terminado

Continúa el episodio

(Rigoberto Soto Rengifo, uno de los defensores del Club en el saqueo del 21 de Julio, cuenta una de las partes más interesantes del episodio: su fuga y la de sus compañeros, por el tejado, a una casa vecina, donde en vez de darles hospitalidad y protección se les entregó a la policía).

Me encontré en el techo con los jóvenes Zúñiga y Lafuente.

En los balcones y techos de las casas de los alrededores, se enracimaban alegres los espectadores de la hazaña del saqueo. A alguien se le ocurre señalarnos y gritar: "allí va Gandulfo", y un centenar de dedos nos apuntan al mismo tiempo que otras tantas bocas en voz cerío clamoroso piden nuestra muerte.

La topografía del techo en que nos hallábamos explica que nuestros pasos estuvieran circunscritos en la misma forma que lo habían estado hacía un momento los de Pedro Gandulfo. Hay en la esquina de Moneda con Ahumada una cúpula y en ella unas ventanitas de fierro. Por estas ventanitas se asomaban algunas cabezas, y lógico era que hacia allí nos dirigiéramos para pedir hospitalidad.

A la persona que nos pareció más próxima quisimos explicar nuestra situación, pero anticipándonosenos y con una vocecita que parecía de grillo nos interrumpió para decirnos: ¿Hasta cuándo molestan? ¿Por qué

se vienen para acá?, y acompañando con un gesto sus palabras nos hizo pasar hacia el interior de la cúpula, y nos pidió le esperáramos mientras iba a preguntar si también nos hacía entrar. Una vez que hubo recibido órdenes en este sentido, volvió para hacernos bajar hasta el tercer piso de la casa en donde nos escondió en un dormitorio, al que puso llave después de habernos aconsejado nos ocultáramos tras unos cortinajes.

Es de suponer mi contento cuando por haberme sentido hablar, salió, de entre una de las cortinas de las ventanas, mi amigo Pedro Gandulfo, que había sido conducido hasta allí por el mismo empleado que nos llevara a nosotros. Brevemente cambiamos ideas sobre nuestra situación y sobre la actitud que tomaríamos en caso de que se nos quisiera entregar a la turba que pedía nuestras cabezas. Después de ello, cada uno —menos yo,— procedía a ocultarse tras las cortinas. Yo no lo hice en este sentido, porque me formulé un sencillo razonamiento. ¿Para qué tales precauciones en una pieza en la que estábamos bajo llave? Si los dueños de casa querían nuestra perdición, inútiles resultaban las molestias que con ello nos procurábamos.

Habíamos descansado por algunos minutos de la violenta emoción que hubimos de paladear con el asalto mismo, cuando estrepitosamente se abre la puerta a que antes se había puesto llaves, y una veintena de personas se desborda hacia adentro al grito: “¿Dónde están los canallas?” “¡Arriba las manos!”

¡Cómo influye en la raza la tradición del heroísmo! Arturo Prat saltando sobre el Huáscar iba a ser superado.

El nuevo héroe nacional; el que capitaneaba al grupo; un guatoncito al que el deseo de lo grande hacía más redondo aún, y le daba un olfato especial para adivinar a sus víctimas, enarbolado el bastón se dirigió a una de las cortinas de detras de la cual sacó del pelo a uno de los nuestros, para darle un tan recio golpe en la cabeza que lo dejó aturdido.

Medroso, el gordito triunfador se vino hacia mí, y, ya no nos separaban sino unos dos pasos cuando digo "Sal Gandulfo", y la inmediata aparición de éste, pistola en mano y apuntando al grupo, hace cambiar la escena.

Bonitos defensores de la Patria. "Fué como si los hubieran tirado a la chuña". Unos se atropellan en la puerta queriendo salir; otros se tiran bajo las camas; los más próximos a nosotros levantan las manos como angelitos que quisieran volar.

El entusiasmo se les había congelado en forma tal, que cuando Gandulfo, dirigiéndose a los que poco antes eran los más guapos, les dijo:

—"Si es la voluntad de ustedes que nosotros muramos, aquí tienen un arma, quítennos la vida" Ninguno se movió, ni siquiera para bajar los brazos que siguieron levantados. Hecho el gesto del ofrecimiento agregó, mi amigo Pedro:

—Más, si ustedes persisten en querer entregarnos a la turba, nos quitaremos nosotros mismos la vida.

Era tal la resolución que manaba de todo su ser y tal el apocamiento del gordito capitán, que éste no hubo sino de mentir, asegurando que ellos no nos querían sino bien y que sus deseos no eran otros que el de que nosotros besáramos la bandera y de que nos enroláramos en las filas de los que iban a la conquista de... Tacna y Arica.

Los que le seguían principian con esto a sentirse golosos y animosos e intervienen nuevas personas en estas peticiones. Todos nos acusan de peruanismo, y todos nos invitan a enrolarnos. En su officiosidad llegan hasta a ir al Ministerio de la Guerra a ofrecer nuestro concurso a la Patria en peligro.

En espera de la respuesta del Ministerio quedamos gozando de una hospitalidad algo así como condicionada a que se aceptara o nó nuestro enrolamiento. Mientras tanto, bajo pretexto de que se nos aseguraba la hospitalidad, se nos hacía entregar el arma con que

nos defendíamos. Ya desarmados éramos inofensivos y hasta nosotros principiaron a llegar personas de sexo, edad y situación social diferente. Era una verdadera romería en la que cada cual nos traía su pizca de acíbar.

La pieza principia a llenarse de espectadores.

Sobre una cama sin hacer se echa una señora que se divierte con nosotros con la actividad y nerviosidad de una gata. Otra llega a interrumpirla en su inspirada travesura. Llega jadeando y pregunta: ¿Cuál es Gandulfo? Le señalan a Pedro, y le advierten que no es sino el hermano de Juan. En la recién llegada se produce el desfallecimiento de un fracaso. La de la cama hace notar "Es una lástima que no estuviera el otro. Otra agrega: "No habría salido vivo", y la recién llegada: "Los que no quieran a su Patria no merecen vivir".

El diálogo sigue en esta forma contra los que: echan a la chusma contra los ricos; contra los que la hacen cantar canciones contra la Iglesia; contra los alexandristas, porque según nos hacen notar, todos ellos son barristas.

Principio a sentirme ajeno a todo lo que dicen, y una indiferencia absoluta habría sido en mi espíritu si con periodicidad y monotonía de gotera no hubiera ido y venido hasta nosotros la señora dueña de casa. A cada vuelta suya era un sermón que teníamos que oír sobre nuestra permanencia en su casa, a la que comprometíamos, puesto que la policía no llegaba, y la turba se hacía más y más insistente en su deseo de entrar a sacarnos. Inútiles, decía, —cuando le pedíamos que llamara al Prefecto, Intendente o Ministro del Interior,— habían sido sus llamados telefónicos; ninguna de las autoridades encargadas del orden público estaba en su puesto.

Deduje más tarde, que las veces que la señora nos sermoneó fueron trece, pues al salir, para demostrarme su catolicidad me aseguró que, sólo a ello se debía el que a pesar de haberle pedido de trece casas que nos entregara al pueblo ella no lo hubiera hecho. Nuestra

salvadora había celebrado trece sacrificios en honor de su religión, y por ello al referírsele a su señora madre, se auto-enterneceía en forma tal, que de su decir manaba piedad, manaba ternura y admiración para consigo misma.

Para los que habían ido a divertirse con nosotros el espectáculo fué perdiendo su novedad, y principiaron a retirarse. Entra el dueño de casa, reitera las seguridades ofrecidas, y con gentilidad nos pregunta si deseamos servirnos algo. Los que habían ido a enrolarnos vienen de vuelta. Se hace un vacío momentáneo en torno nuestro, siento que se discute y que numerosas voces se dejan oír a un tiempo mismo. Dos guardianes casi desarmados llegan a vigilarnos. Luego aparece un oficial de Policía, que por ser conocido mío con aire protector me dice: "En las cosas en que andas metido", y ordena que nos allanen, y para ahorrar molestias a nuestros protectores, que nos conduzcan a la Policía. ¡¡¡ Iba-mos a salir por entre una turba, que según todos nos esperaba para asesinarlos, acompañados sólo por dos guardianes a los cuales ni siquiera se les había dado revólvers!!! Es imposible que esta orden no la diera el Prefecto. Después de dos o tres horas de llamarle con insistencia, debe haber venido a ordenar lo que se hacía con los que habían querido impedir el saqueo.

Inútiles fueron nuestros reparos a tal orden; había que obedecer a la Autoridad y no teníamos sino que salir.

No habíamos llegado a la puerta cuando ya la turba era avisada, y al grito: "aquí traen a Ganduifo", se amontonaban a nuestra espera.

No quisimos salir y protestamos de que se nos había asegurado que no se nos dejaría linchar. Los dueños de casa formulaban nuevos ofrecimientos y nuevas protestas contra la Policía. Nosotros pedimos se nos permitiera hablar por teléfono con dos personas, a las que no les sería difícil hacerse acompañar de tres o cuatro carabineros, y venirnos a sacar en sus autos par-

ticulares. Se postergó la solución de nuestra petición y cuando insistimos vino don Germán Riesco a decirnos que el dueño de casa decía: "que nos daba hospitalidad pero no ayuda".

No quedaba sino esperar que se hiciera de noche para salir. Las horas trascurren lentas y crueles cual tormento chino.

Por fin se viene a avisar, que de acuerdo con nuestras peticiones hay un auto de la Prefectura con el motor andando para sacarnos. Sale primero Gandulfo; pide a un guardián su capote, éste se lo ofrece, pero el oficial que lo manda se resiste a que mi amigo se disfrace; por fin se resuelve la dificultad y Gandulfo queda hecho un sargento de la 1.ª Comisaría.

Después de una larga espera se vuelve por nosotros.

Me disfrazo en forma igual que Pedro. Al salir la madre de la señora dueña de casa, me dice: "No los voy a perdonar que hayan amenazado con revólver a mi hijo, y van a dar gracias a Dios de que han caído en una casa cristiana". Era la señora la madre del gordito capitán; había en su cara algo de ave de rapiña, algo de la raza perseguida por Dios y sus ministros en la tierra. Después supe que era la madre de don Raul Edwards.

RIGOBERTO SOTO RENGIFO

